

*FREUD SEGÚN WITTGENSTEIN. NOTAS PARA LA COMPRENSIÓN
PSICOLÓGICA DE UNA TAREA FILOSÓFICA*

PÉREZ FERNÁNDEZ, F.
Universidad Camilo José Cela (Madrid)

RESUMEN

La vertiente psicológica del trabajo filosófico de Wittgenstein, durante mucho tiempo soslayada -a veces menospreciada cuando no ocultada- por estudiosos más o menos profundos de la obra del pensador austriaco, se impone con evidencia cuando se profundiza en su trabajo, no pudiendo ser obviada o aplazada para mejor momento como se hizo durante casi treinta años. Tampoco puede ser de otro modo si se tiene presente su andadura vital, marcada por una timidez rayana en lo enfermizo, jalonada de graves momentos depresivos, duras rupturas, problemas de identidad sexual, sentimientos contradictorios hacia el hecho religioso y una ardorosa pasión moral.

La relación de Wittgenstein con la psicología siempre fue difícil y controvertida. Y sin embargo de gran relevancia para la construcción de sus propios puntos de vista como se ha mostrado en otro artículo (Pérez, 1998). En concreto, el objeto de este trabajo será el de esclarecer el profundo interés que el austriaco mostró hacia el psicoanálisis freudiano, y la incidencia que tuvo dentro de su filosofía.

Palabras clave: Psicoanálisis, Historia de la Filosofía, Historia de la Psicología, Lógica.

ABSTRACT

The psychological way in Wittgenstein's philosophical job was forgotten over thirty years -sometimes disdained and others simply hid- for specialists in the austrian philosopher works, but this is not possible yet. Specially when we take a look about his life, marked for identity sexual problems, depressions, religious obsession, a great moral passion and breaking-offs.

Wittgenstein's relations with psychology ever been very difficult. However, the psychology questions were so relevant for his own points of view as we had been show in other paper (Pérez, 1998). The interest of this article is to illuminate the Wittgenstein's deep interest in freudian psychoanalysis and, of course, how it reflects in his philosophy.

Key words: Psychoanalysis; History of Philosophy; History of Psychology, Logics.

La biografía de Wittgenstein, hombre de un excepcional talento para la reflexión abstracta, le incitó a la construcción de una filosofía tan difícil, autocrítica y oscura, como apasionante apenas comenzamos a sumergirnos en ella (Janik y Toulmin, 1973; Malcolm, 1990; Reguera, 1991; Wittgenstein, 1991). Pero, ante todo, se trata de una filosofía poética y fronteriza, de límites imprecisos que ocasionalmente inducen al lector a decisivas dificultades de interpretación del tipo, *¿de qué hablamos ahora?*

Estas complicaciones parecían presentarse de modo tan notorio en sus clases como a la hora de mantener una conversación profesional con colegas, alumnos o amigos. Wittgenstein tenía una personalidad compleja y de difícil tratamiento al mismo tiempo que se manifestaba como un profesor intelectualmente duro, obsesivo y exigente, así como de escasa claridad expositiva como denotan los apuntes de los asistentes a sus clases: «debo reconocer que no creo que Wittgenstein haya sido un buen maestro. [...] Simplemente no puedo creer que la mayoría de los estudiantes, o siquiera los académicos más maduros que asistían, supusieran sinceramente que podían seguir, aunque fuera como colaboradores tácitos (es decir, interlocutores serios y críticos), las disertaciones desarrolladas por Wittgenstein» (Leavis, 1989). Pero aquellos apuntes refieren con notoriedad los extensos conocimientos psicológicos que Wittgenstein poseía y que solía emplear durante sus disertaciones: «le escuché explicar a un estudiante la ley de Weber-Fechner de un modo que no podía provenir

simplemente de la lectura del artículo de Meinong o de sus discusiones con Russell» (Rhees, 1996).

También sabemos que Wittgenstein, hombre poco dado a las citas textuales y menos todavía al empleo de libros durante sus clases, solía recurrir asiduamente a la *Psicología de la experiencia religiosa* de William James. Que leía a autores tan extraños a la actividad lógica como Otto Weininger, a quien además admiraba profundamente, no dudando en recomendar la obra *Sexo y carácter* a cuantos le preguntaban sobre el particular (Drury, 1989). Y no menos poderoso es el influjo que la figura de Freud despertó en él hasta el punto de hablar de sí mismo, sobre todo a partir de 1919, como de «un seguidor de Freud» o «un discípulo de Freud». Siempre cabe preguntarse por las razones de estos giros y transformaciones en el pensamiento de un hombre que antes de 1914, cuando todavía no había empezado a escribir el *Tractatus Logico-Philosophicus*, consideraba la actividad psicológica como una «pérdida de tiempo» (Rhees, 1992).

DE LAS TRINCHERAS A LA RECONSTRUCCIÓN DE UN PENSAMIENTO

Las experiencias vitales e intelectuales sufridas por Wittgenstein durante la Primera Guerra Mundial contribuyeron de manera decisiva a aquellos cambios que, en el fondo, representan las tomas de postura posteriores a un supuesto «fracaso» del *Tractatus* que, en realidad, más que la puerta hacia una filosofía distinta significa una reconstrucción de las mismas ideas desde otro enfoque (Pérez, 1998).

La verdad es que Wittgenstein había quedado muy desencantado de su primera estancia en Cambridge. La institución británica, celosa de ciertos modelos y esquemas de comportamiento y actitud, no había encajado bien la llegada de aquel austriaco extraño y taciturno, poco dado a los convencionalismos, ajeno a toda norma, al que sencillamente se toleraba en su excentricidad a causa de su indiscutible talento (Janik y Toulmin, 1973). Ni siquiera Bertrand Russell, su principal mentor, comprendía demasiado bien sus actitudes y motivaciones. Una incomprensión que alcanzaba incluso a la filosofía wittgensteiniana, que se pretendía interpretar con obstinada reiteración desde los parámetros del positivismo cuando al mismo tiempo parecía irreductible a sus estrechos puntos de vista. Un malentendido, por cierto, que se vería agravado con la publicación del *Tractatus* (Carnap, 1964; Pérez, 1998). Justificaciones aparte, es muy probable que el retiro voluntario de la vida pública (que no de la intelectual porque Wittgenstein siguió dedicado al pensamiento en la privacidad) que adoptó a poco de concluir la guerra, se debiera no sólo al supuesto fracaso intelectual del *Tractatus*, sino también a la percepción de estas malinterpretaciones sistemáticas de su reflexión.

Es seguro que la peripecia bélica, a la que acudió voluntariamente puesto que había sido desechado para el servicio militar tiempo antes a causa de una hernia inguinal, transformó de manera radical buena parte de las preconcepciones que Wittgenstein tenía en 1914. Y en el caso de su relación con la psicología los cambios parecen notorios. Tampoco tiene nada de extraño dada su compleja personalidad, que la guerra pondría a prueba de modo radical: «El estado de 'ánimo' [...] de Wittgenstein durante la guerra es ciclotímico, cambiante, como lo fue siempre, aunque con un claro y constante elemento depresivo. Los altibajos dependen de factores muy diversos, externos casi siempre: circunstancias propias de la guerra, trabajo intelectual, trato con los camaradas, etc.» (Reguera, 1991). De hecho, tal vez influido por la moda del suicidio romántico que aderezó su infancia y adolescencia en la Viena de los Habsburgo, y que era considerada en la época como una salida digna en las clases acomodadas, Wittgenstein flirtea constantemente con la tentación de poner fin a su existencia. Dos de sus hermanos hubieron ya adoptado esta decisión en 1902 y 1904, respectivamente. Otro de ellos lo haría en 1918. Y, no obstante, su apego a la vida es también ejemplar ya que la perspectiva de la muerte le resulta temible entretanto la vida, pese a su dureza, no deja de parecerle irremediabilmente «seductora» (Wittgenstein, 1991).

El problema residía en que para Wittgenstein toda duda ética, moral y religiosa que se le cruzaba en el camino adoptaba de suerte irremediable la forma de un debate existencial radical y definitivo. Algo, por cierto, realmente extraño para un sujeto al que se ha querido «vender» sistemáticamente como el "Águiles" del atomismo lógico. Por ello pasaba buena parte de su tiempo excavando en las páginas de los *Comentarios a los Evangelios* de Tolstoi, en los escritos de Emerson, Kierkegaard, San Agustín, Pascal y, por supuesto, en las obras de Sigmund Freud. Wittgenstein, en la medida que hombre complejo, precisaba de iluminación para sobrevivir a su constante tempestuosidad psíquica y moral -agravada aún más si cabe por la experiencia definitiva de la *tierra de nadie*- y, por lo que parece, esta es una buena explicación de las transformaciones posteriores de su trabajo filosófico: es probable que el *Tractatus* fuera medianamente razonable en lo referente a sus premisas básicas, pero su pretendido rigorismo, que bien mirado no es tan evidente como hábilmente intuyó Russell, no era un camino que Wittgenstein deseara seguir después. Acertada es la apreciación de Anscombe (1977) que define al *Tractatus* como un reloj genuino que, en opinión de autor, no daba la hora correctamente. Es claro que la primera obligación de la honesta reflexión wittgensteiniana fue en todo caso para consigo misma. También así se explica, sin duda, porqué su segunda forma de afrontar los problemas filosóficos adoptó más la apariencia de una filosofía psicológica -incluso

de una psicolingüística si se nos permite llevar las cosas más lejos-, ya desde el momento en que trabaja como maestro en Trattenbach, que de una filosofía del lenguaje en sentido estricto (Pérez, 1998).

WITTGENSTEIN Y FREUD

Es probable que Wittgenstein llegara a Freud a través de la lectura de Weininger. No en vano, el último había vaticinado en su momento que las ideas delineadas por Freud en los *Estudios sobre la histeria* serían de gran importancia a posteriori, y Wittgenstein solía recordarlo a quienes recomendaba la lectura de sus textos favoritos de Otto Weininger (Drury, 1989). Más adelante, comenzó a sugerir la lectura del propio Freud. En todo caso, la relación intelectual entre Wittgenstein y Freud vivía sumida en la controversia que el primero encontraba entre «el interés que encierra» y el modo de pensar que «quería combatir» (Rhees, 1996). De hecho, cuando en 1946 alguien dijo que la filosofía de Wittgenstein se había transformado en una suerte de psicoanálisis, el austriaco se enfureció sobremanera (Malcolm, 1990), tal vez temeroso de ser acusado de ese *psicologismo* contra el que siempre había luchado. No obstante, la apreciación psicoterapéutica de su pensamiento no era tan absurda como cabría esperar a tenor de sus propias aseveraciones: «el tratamiento filosófico de una cuestión es como el tratamiento de una enfermedad» (Wittgenstein, 1967). Y el hecho es que el austriaco entendía toda suerte de problema metafísico -y entre ellos los psicológicos- como una suerte de extrañamiento intelectual que exigía de una cura destinada a persuadir a las personas para que cesaran en sus ataques contra el sentido común.

En todo caso, y a pesar de que la relación de Wittgenstein con la psicología -en la medida que supuesta «mecánica del alma»- era sumamente difícil, siempre opinó que Freud tenía algo que decir incluso cuando, a su parecer, pudiera estar equivocado (o enfrentado literalmente al sentido común). De todas formas, tampoco cabe dudar que la lectura en clave psicolingüística de textos emblemáticos del psicoanálisis freudiano, muy especialmente *La interpretación de los sueños*, le parecía fascinante.

Aquel tipo de pensamiento que Wittgenstein quería «combatir» -en este caso concreto- tenía que ver precisamente con el uso psicológico del lenguaje consustancial, e inevitable por otra parte, a los textos de Freud: «cuando estudiamos psicología podemos sentir que hay en ella algo de insatisfactorio, alguna dificultad con respecto al sujeto entero de estudio: la causa es que tomamos a la física como nuestro ideal de ciencia. Pensamos en formular leyes en la física. Y entonces nos damos cuenta de que no podemos usar el mismo tipo de 'métrica', las mismas ideas de medición que la física [...]. Y, a pesar de eso, los psicólogos pretenden decir: 'tiene que haber alguna ley'.

aunque no se ha encontrado ley alguna» (Wittgenstein, 1996). Desde este punto de vista, procedió a una eliminación de los presupuestos freudianos que entendía como propiamente especulativos en cuanto pretendían establecer regulaciones dudosas de lo psíquico: la teoría de los sueños, la libre asociación, la noción de lo inconsciente, etc. Los problemas de las explicaciones de Freud, al igual que las del resto de personas interesadas en la psicología e incluso en la metafísica se presentaban, sencillamente, en la medida que otorgaban a los conceptos un valor del que carecían realmente. Por ello se perdían en especulaciones. No es que Wittgenstein considerase al psicoanálisis, la psicología o la metafísica como prácticas triviales sino, en todo caso, que sus conceptos no debían interpretarse en su valor nominal (Fann, 1992).

A pesar de que el modo de escribir de Freud era para Wittgenstein tan cautivador como interesante, no podía considerarle un *genio* o un *gran hombre* en la medida que su obra carecía de las salvaguardas intelectuales que tienen las grandes aportaciones. En opinión de Wittgenstein una obra grande lo era en la medida que su seriedad y honradez impidiesen todo tráfico banal con ella (Reguera, 1996). Y, a su parecer, Freud había construido un extravagante castillo de naipes que «ha prestado un mal servicio por medio de sus fantásticas pseudoexplicaciones (precisamente porque son ingeniosas). (Cualquier asno tiene ahora esas imágenes a mano para 'explicar' con su ayuda fenómenos patológicos)» (Wittgenstein, 1981). Por esto fundamentalmente había que luchar contra este modo de pensar: el psicoanálisis freudiano se constituía como una mitología dolosa, plagada de prejuicios, en tanto en cuanto ofrecía el tipo de explicación de los fenómenos psíquicos que cualquiera estaría dispuesto a creer y, peor todavía, a emplear.

Más claramente se observa en esta cita: «Si tomo cualquiera de los relatos oníricos (relatos de sus propios sueños) que Freud ofrece [manifestó Wittgenstein en 1946], por el uso de la libre asociación puedo llegar a los mismos resultados que él consigue en su análisis, a pesar de que no era mi sueño. [...] Freud hace notar cómo después del análisis el sueño parece muy lógico. Y por supuesto que lo parece. Podrían comenzar con cualquiera de los objetos que hay sobre esta mesa -que ciertamente no está puestos ahí por la actividad onírica de ustedes- y podrían encontrar que todos ellos podrían conectarse formando un modelo con aquél; y el modelo sería, del mismo modo, lógico. Se puede llegar a descubrir ciertas cosas sobre uno mismo por este tipo de libre asociación, pero esto no explica por qué ocurrió el sueño. En relación con esto Freud se refiere a varios mitos antiguos y pretende que sus investigaciones han explicado ahora cómo sucedió que alguien pensara o propusiera un mito de esa clase. Pero en realidad Freud ha hecho algo diferente. No ha dado una explicación científica del mito antiguo. Lo que ha hecho es proponer un nuevo mito» (Wittgenstein, 1996).

Una mitología sugestiva, poderosa y terriblemente perjudicial. Wittgenstein sostuvo que la enorme influencia del psicoanálisis tanto en Europa como en América, que en aquellos momentos se encontraba por lo demás en su punto álgido, sería perniciosa en la medida que, como teoría cerrada, impedía todo atisbo de crítica. Freud, y no es algo de escaso mérito, había propuesto un juego frente al que había de adoptarse una decisión crucial: la de jugar (y por tanto aceptar todas y cada una de las reglas propuestas sin reservas), o no.

SUEÑOS Y SIMBOLISMO

Ahora bien, visto el talante con el que afrontaba la teoría freudiana, ¿por qué razón insistía Wittgenstein en la lectura de Freud? ¿Por qué persistía en llamarse a sí mismo, matizadamente, «freudiano»? ¿Por qué pensaba que Freud era un hombre con «algo que decir»? Básicamente porque el método interpretativo que Freud había ideado para los sueños se cimentaba en la construcción de un simbolismo onírico que funcionaba de forma muy parecida a un lenguaje, y esto resultaba muy interesante para un pensador como Wittgenstein que, escarmentado por la mala experiencia del *Tractatus* (a su parecer plagado de aquellos prejuicios filosóficos que había pretendido desterrar), solía poner más énfasis en los *métodos* del pensamiento que en las ideas como tales (Fann, 1992): «cuando Freud habla de ciertas imágenes [...] como símbolos [...] está hablando de interpretación; y de los que puede hacerse que el soñador acepte como interpretación. [...] Los sueños parecen encerrar algo enigmático y especialmente interesante en sí mismos, de manera que sentimos la necesidad de interpretarlos. (A menudo se han considerado como mensajes). Parece haber algo en las imágenes oníricas que tiene cierta semejanza con los signos de un lenguaje» (Wittgenstein, 1996).

En efecto, los sueños se presentan de tal manera que parecen indicar o significar alguna otra cosa. Wittgenstein comparaba este sentimiento frente a los sueños con el que experimentamos al situarnos frente a una obra de arte: cada una de las formas que el artista plasma en ella tiene su propia idiosincrasia, una serie de singularidades que la hacen única y que nos dan pie a suponer que no están ahí por casualidad y que, desde luego, debían poseer un significado para el creador. Un significado que nosotros, en calidad de espectadores, sentimos la necesidad de desvelar. «[El sueño] es como si se nos presentara un trozo de lienzo en el que hubiera pintada una mano y una parte de una cara y ciertas otras formas colocadas de un modo enigmático e incongruente. Supongan que ese trozo esté rodeado por una considerable extensión de lienzo blanco, y que en ella pintamos formas - digamos un brazo, un torso, etc. - que sirven de transición y se completan

con las formas del trozo original; y el resultado nos hace decir: 'Ah, ahora veo por qué es así, cómo todo se organiza de esta manera, y qué eran esos diferentes trozos...', etc.» (Wittgenstein, 1996). Y así es. El método para la interpretación de los sueños descrito por Freud operaba, tal y como Wittgenstein podía verlo, de esa manera concreta: como un gran lienzo, o contexto, sobre el que el sueño podía ser superpuesto para poder enlazar, completar y dar sentido a los símbolos oníricos. Lo sorprendente es que el método freudiano permitía elaborar hipótesis desde el propio sueño y, en consecuencia, se erigía en un pretendido tratamiento *científico* de la actividad onírica de los individuos.

El hecho crucial para Wittgenstein radica en que si los sueños tal y como Freud supone pueden ser susceptibles de esta clase de tratamiento puramente lógico, entonces no cabría duda alguna de que se trataría de alguna suerte de pensamientos. Y la cuestión, desde luego, pasa por determinar si lo son en realidad. Pero ante ella sólo cabe la negativa en la medida que el lenguaje natural no es traducible -como el propio Freud reconoció en su momento- al supuesto idioma de los sueños. Esto, en opinión de Wittgenstein, es sorprendente en la medida que Freud elabora una simbología (un lenguaje propio de los sueños extraídos de los sueños mismos) y una suerte de interpretación *correcta* de ella, pero se reconoce al mismo tiempo incapacitado para hacer, por ejemplo, *un discurso de la lengua natural en la jerga propia del sueño*.

Para alguien más escéptico como Wittgenstein, sin embargo, la sorpresa es relativa en la medida que entiende que el juego freudiano se apoya precisamente en una ilusión (mítica) de significado: la constitución de los sueños se asemeja a la del lenguaje y da pie, por ello, a pensar en los sueños como lenguaje propiamente dicho: «Parece que Freud tiene ciertos prejuicios acerca de cuándo una interpretación puede considerarse completa, y por lo tanto también acerca de cuándo requiere que se la complete, de cuándo se necesita una interpretación ulterior. Supongan que alguien ignorara la tradición de los escultores de hacer bustos. Si ese alguien topara con el busto terminado de un hombre cualquiera podría decir que obviamente se trata de un fragmento y que ha tenido que haber otras partes suyas que juntas conformen el cuerpo entero» (Wittgenstein, 1996).

Freud propondría como respuesta a esta argumentación que nada en la vida mental puede producirse si no ha sido causado por alguna razón y que, en la misma medida que fenómeno psíquico individualizado (cada sujeto presenta su propia simbología onírica), los sueños han de aparecer por uno u otro motivo. En realidad, el fondo de este argumento, referido a cualquier circunstancia de la vida psíquica, no es exclusivo del psicoanálisis freudiano y sería extensible a la propia psicología desde sus mismos orígenes. En tal

sentido, no puede olvidarse con tanta facilidad como suele hacerse que Freud era neurólogo -también mecanicista-, estaba muy influido por las teorías dinámicas del siglo XIX, y nunca dejó de pensar como tal (Wolman, 1986, Breger, 2001). El hecho es que Freud quiso ir más lejos: necesitaba explicar en qué consistía *esencialmente* soñar y, en consecuencia, precisaba de una argumentación completa y cerrada en sí misma, en la que no hubiera lagunas que ofrecieran una imagen parcial de verdad. La pauta para ello fue precisamente la idea de que todo sueño era la realización de un deseo. No obstante, y pese a no dudar en absoluto de la elegancia expositiva de Freud, Wittgenstein plantea una duda más que razonable a la piedra angular de la teoría de los sueños: «lo que sucede en la *freier Einfall* [asociación libre, sic.] probablemente está condicionado por una multitud de circunstancias. No parece haber razón para decir que tiene que estar condicionada solamente por el tipo de deseo en el que está interesado el analista» (Wittgenstein, 1996). Cabe la posibilidad, a pesar de todo, de salvar a Freud de esta demoledora crítica ya que su trabajo fue lo suficientemente objetivo como para entender que no existe un tipo de deseo en el que el analista deba interesarse específicamente. Es cierto que él mismo pareció obcecarse con las pulsiones sexuales pero «también reconocía motivos no sexuales como la necesidad de dominar el miedo y el ansia de poder» (Breger, 2001).

En otros términos, Wittgenstein estimaba que recurrir a la causalidad, ya fuera para hablar de sueños en particular o de otros procesos psíquicos en general, era una salida desesperada que carecía por completo de significado preciso. Primeramente porque las causas jamás aparecen unitariamente sino agrupadas de modo que no tiene sentido decir que se sueña -se habla, se piensa, se lee, se solucionan problemas, se recuerda o se ven colores- por una razón u otra en concreto. Y, en segundo término, porque aún cuando Freud quisiera recurrir a causaciones fisiológicas «entonces hay que decir que no sabemos nada de ellas y que en ningún caso son relevantes para la cuestión de la interpretación» (Wittgenstein, 1996).

Sea como fuere, Wittgenstein -repetimos- nunca entendió que se tratara de cuestiones baladíes y tampoco puso en entredicho la eficacia terapéutica del modelo freudiano (o el de la propia psicología). Tan sólo, como en su juventud, seguía pensando que existen cosas *de las que no se puede hablar*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ancombe, G.E.M. (1977). *Introducción al 'Tractatus' de Wittgenstein*. Buenos Aires, El Ateneo.
- Breger, L. (2001). *Freud. El genio y sus sombras*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor.

- Carnap, R. (1964). *Autobiography*. En: *The Philosophy of Rudolf Carnap*. La Salle, Illinois.
- Drury, M. O'C. (1989). Algunas notas sobre conversaciones con Wittgenstein. En: Rush Rees (comp.), *Recuerdos de Wittgenstein*. México D.F., Fondo de Cultura Económica. pp. 140-168.
- Fann, K.T. (1992). *El concepto de filosofía en Wittgenstein*. Madrid, Tecnos.
- Janik, A. & Toulmin, S. (1973). *La Viena de Wittgenstein*. Barcelona, Taurus.
- Leavis, F.R. (1989). Recuerdos acerca de Wittgenstein. En: Rush Rees (comp.), *Recuerdos de Wittgenstein*. México D.F., Fondo de Cultura Económica. pp. 101-127.
- Malcolm, N. (1990). *Ludwig Wittgenstein*. Madrid, Mondadori.
- Pérez, F. (1998). La psicología de Ludwig Wittgenstein. Otra visión de un legado histórico. En: *Revista de Historia de la Psicología* (19), 4, pp. 485-498.
- Rees, R. (1996). Conversaciones sobre Freud. En: Ludwig Wittgenstein, *Leciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*. Barcelona, Paidós.
- Reguera, I. (1991). Cuadernos de guerra. En: Ludwig Wittgenstein, *Diarios secretos*. Madrid, Alianza. pp. 161-231.
- Wittgenstein, L. (1967). *Zettel (1945-48)*. Oxford, Basil Blackwell.
- Wittgenstein, L. (1981). *Observaciones*. México, D.F., Siglo XXI.
- Wittgenstein, L. (1991). *Tractatus Lógico-Philosophicus*. Madrid, Alianza.
- Wittgenstein, L. (1996). *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*. Barcelona, Paidós.
- Wolman, B.B. (1986). *Teorías y sistemas contemporáneos en Psicología*. Barcelona, Martínez Roca.